

## LA ADORACION EUCARISTICA

### Teología y Espiritualidad

por Pere Tena

«Para ordenar y promover rectamente la piedad hacia el santísimo sacramento de la Eucaristía hay que considerar el misterio eucarístico en toda su amplitud, tanto en la celebración de la misa como en el culto de las sagradas especies, que se conservan después de la misa para prolongar la gracia del sacrificio» (Ritual del culto a la Eucaristía, n.4).

Esta indicación del Ritual de la sagrada comunión y del culto a la Eucaristía es algo más que una simple advertencia metodológica. No sólo se trata de ensamblar todos los aspectos de la doctrina católica sobre la Eucaristía, en orden a una armonía y una lógica interna del discurso, sino que se trata —por ello mismo— de reconocer que la Eucaristía es un misterio inagotable, y que en él la Iglesia contempla la realización de la promesa de Jesús: «El Espíritu de verdad os guiará hasta la verdad completa...» (Juan 16,13). Desde la primitiva comunidad de Jerusalén que partía el pan por las casas y tomaba alimento con alegría y simplicidad de corazón (cfr. Hech 2,46) hasta la solemne misa conclusiva de un Congreso Eucarístico internacional, pasando por las asambleas dominicales de las parroquias y por las prolongadas adoraciones eucarísticas de las comunidades religiosas especialmente dedicadas a ello, la realidad de la Eucaristía se ha visto constantemente profundizada, y continúa siendo fuente renovada de vigor cristiano.

Esto no significa que en todo momento haya habido, o haya en la actualidad incluso, una armonía perfecta de los diversos aspectos. El artículo sobre la historia del culto eucarístico, que se publica en este mismo fascículo, es un excelente testimonio de cómo un aspecto legí-

timo de la Eucaristía puede, en determinadas circunstancias espirituales, adquirir tal intensidad y tal valoración unilateral, que llegue casi a relegar a un segundo plano los aspectos más fundamentales y fontales del misterio. Pero estas desviaciones de atención no niegan el valor de acentuación que tal aspecto concreto representa para la comprensión de la Eucaristía, ni pueden ser relegadas al olvido tales aspectos en la práctica histórica de la comunidad eclesial, una vez han entrado a formar parte del patrimonio de las expresiones de la fe cristiana.

El intento de estas páginas consiste precisamente en desarrollar esta doble reflexión: en primer lugar, aportar lo que —desde diversos ángulos— cabe decir actualmente sobre la adoración eucarística, en orden a conseguir la armonía y complementariedad destacadas al principio; en segundo lugar, ofrecer una reflexión teológica y espiritual que valore el hecho mismo de la adoración eucarística.

## 1.ª parte. Iluminaciones teológicas y pastorales a la práctica de la adoración eucarística

1. El primer foco de iluminación nos viene de la reflexión teológica, a partir de la fe de la Iglesia. En la base de la adoración eucarística hay el dato fundamental de la *conversio substantialis* del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La definición tridentina quiso reafirmar ante todo el carácter realista y objetivo del don eucarístico, ante una interpretación meramente relacional y en definitiva subjetiva de la presencia del Señor. La Eucaristía es la auto-donación de Cristo, no solamente en el momento de comulgar, o porque la fe de los presentes crea que así es, sino la autodonación del «Christus passus», en cuanto su mismo misterio es la realidad que se visibiliza y se ofrece a través del pan y del vino eucarístico. Y esto no sucede por obra de los hombres, sino por la fuerza de la Palabra del Señor y del Espíritu que santifica y transforma la realidad conforme a esta misma Palabra. El pan y el vino quedan «tocados» escatológicamente, y pasan a ser símbolos del Señor de la gloria, y ésta es una realidad *permanente* (cfr. Concilio de Trento, sesión XIII, caps. 1 al 5).

Una consideración inmediata que surge de la fe en la peculiaridad de la presencia real eucarística —«presencia real, no por exclusión, como si las otras no fueran reales, sino por excelencia» (Pablo VI, *Mysterium fidei*)— es la originalidad del *sanctissimum sacramentum* como presencia del *auctor gratiae*, y no solamente como *causa gratiae*. La Eucaristía es realmente el centro del organismo sacramental; en ella la Iglesia no sólo está en contacto con la *actio Christi*, sino con el *Corpus et Sanguis Christi*.

El Concilio Vaticano II ha resumido así este sentido central de la Eucaristía: «Los demás sacramentos, como todos los ministerios eclesiásticos y las obras de apostolado, están vinculados con la sagrada Eucaristía y ordenados a ella. Porque en la sagrada Eucaristía se contiene todo el tesoro espiritual de la Iglesia, es decir, al mismo Cristo, nuestra Pascua y pan vivo, que, mediante su carne vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da vida a los hombres, invitándolos así y estimulándolos a ofrecer sus trabajos, la creación entera y a sí mismos en unión con él» (Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 5).

Evidentemente, tal característica «objetivada» de la presencia de Cristo en la Eucaristía, puede deslizar la contemplación y la reflexión hacia un cierto cosismo y atribuir un carácter estático a la presencia real. Probablemente este peligro no es sólo imaginario, sino real; de ahí procede gran parte del unilateralismo que ha amplificado y sobrevalorado en determinadas épocas la adoración de la Eucaristía por encima de los aspectos fundamentales de la celebración y comunión. Pero ello no quita que realmente la Eucaristía sea un sacramento que no es sólo «acción» sino también «cosa»: «Esto...», «Este es el cáliz...».

Las aportaciones de los últimos años acerca del sentido de la presencia eucarística han sido de una gran riqueza para evitar lo que pueda haber de cosismo en la reflexión eucarística, y para superar una concepción de la Eucaristía «fijada» en el hecho de la presencia. Las diversas etapas de «retorno a las fuentes» han sido decisivas para ir profundizando en el carácter dinámico del don eucarístico.

Un análisis renovado de las narraciones de la institución ha puesto de relieve la importancia del gesto profético de «donación», explicado por las palabras mismas de Jesús: «...mi cuerpo entregado por vosotros!». La decisión de Pablo VI, de incluir estas palabras, procedentes de la tradición de Pablo-Lucas, amplificando así la formulación clásica, procedente de la tradición de Marcos-Mateo, no puede dejar de influir a la larga en la conciencia cristiana. Está claro que, para la asamblea, la proclamación «por vosotros» ha de suscitar inmediatamente la referencia a la donación de vida por parte de Cristo. La presencia está así espesamente finalizada a la participación en la vida de Jesús. Participación que incluye, precisamente, el realismo de la presencia, pero situándole dinámicamente, y no como un dato aislado y estático.

Las investigaciones sobre la teología medieval y tridentina han aportado también resultados fecundos. La vuelta a las grandes explicaciones escolásticas a base de la trilogía *res tantum*, *res et sacramentum*, y *sacramentum tantum*, han permitido situar la presencia real como esta realidad intermedia entre la visibilidad del sacramento y la última fina-

lidad del mismo. La última finalidad de la Eucaristía, en efecto, no es «conseguir» la presencia real de Cristo, sino recibir de El la fuerza de la unidad y de la caridad que nos viene de su sacrificio pascual. Está claro que la adoración eucarística, legitimada por el realismo de la *res et sacramentum*, es decir, de la presencia real de Cristo, no puede hacerse un fin en sí misma, dado que esta presencia se orienta institucionalmente hacia la realidad última que la motiva: la comunión con el sacrificio de Cristo, sacramentalmente re-presentado.

A los mismos acentos se ha llegado también en las reflexiones actuales sobre la fenomenología de la presencia. Una presencia puramente objetivada no puede considerarse una auténtica y plena presencia personal. Esta comporta relación de conocimiento y amor, y de ahí que sólo en el momento en que se produce esta relación se puede hablar de presencia en sentido total. Nótese bien: no porque el destinatario de la presencia «determine» el realismo de esta presencia, sino porque el fenómeno personal de presencia pide esta relación para ser completo. De ahí la formulación de «presencia ofrecida» atribuida a la Eucaristía fuera de la comunión (más adelante insistiremos en el aspecto ecuménico de esta formulación).

Digamos, pues, como resumen de esta iluminación que nos viene de la reflexión teológica, que la presencia real de Cristo no es contemplada como un hecho estático, sino como un hecho dinámico de auto-donación, orientada hacia la comunión y participación en el misterio de su pascua, con la Iglesia como fruto directo. Evidentemente, esta iluminación, lejos de obscurecer el *sacramentum permanens*, le confiere dimensión de «presencia ofrecida», de «permanencia escatológica» de la nueva realidad hacia la cual han «pasado» el pan y el vino.

2. El segundo foco de iluminación le proviene al tema de la adoración eucarística de la experiencia eclesial, especialmente en dos vertientes: la reforma litúrgica y el diálogo ecuménico.

La reforma litúrgica debía plantearse necesariamente el tema del culto a la Eucaristía. Después de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, que había acentuado los elementos básicos de la celebración eucarística, la Instrucción *Eucharisticum mysterium*, del año 1967, abordó con gran coherencia el culto a la Eucaristía fuera de la misa. Le había precedido la encíclica de Pablo VI, *Mysterium fidei*. Los textos de la Instrucción *Eucharisticum mysterium* han venido a ser el punto de referencia de todo el planteamiento posterior, que ha quedado plasmado en el Ritual para la sagrada comunión y el culto a la Eucaristía fuera de la misa, publicado en castellano en el año 1974.

El planteamiento de la Instrucción y del Ritual es claro: re-situar

decididamente la reserva de la Eucaristía en su justo lugar, con la referencia a la misa y a la adoración a la vez: «La celebración de la Eucaristía en el sacrificio de la misa es realmente el origen y el fin del culto que se le tributa fuera de la misa...» (Ritual n. 2). «El fin primero y primordial de la reserva de las sagradas especies fuera de la misa es la administración del Viático; los fines secundarios son la distribución de la comunión y la adoración de Nuestro Señor Jesucristo presente en el Sacramento. Pues la reserva de las especies sagradas para los enfermos ha introducido la laudable costumbre de adorar este manjar del cielo conservado en las iglesias. Este culto de adoración se basa en una razón muy sólida y firme; sobre todo porque a la fe en la presencia real del Señor le es connatural su manifestación externa y pública» (Ritual, n. 5).

Este principio fundamental rige todas las aplicaciones posteriores, y está llamado —si es debidamente escuchado y puesto en práctica— a ofrecer una imagen más armónica del culto eucarístico de la Iglesia católica. Hay que hacer constar que —a mi entender— esta armonía no resultará tan fácil de conseguir, mientras no se haga una revisión a fondo de los criterios imperantes en las comunidades cristianas, impulsadas inevitablemente por unilateralismos o impresiones sucesivas. Sabemos y constatamos cómo en muchos lugares se ha silenciado absolutamente el sentido espiritual de la oración personal ante el santísimo sacramento, y cómo esto, juntamente con la supresión de las procesiones eucarísticas y de las exposiciones prolongadas, se considera como un «progreso». Sería largo iniciar aquí una discusión, pero creo que no se puede hablar simplemente de «progreso» porque se haya eliminado de la experiencia cristiana un elemento positivo en sí mismo; en todo caso, el progreso estaría en haber potenciado de tal forma la celebración eucarística que las prácticas de adoración hubieran recibido su justo valor, y por tanto hubieran quedado re-situadas.

Por otro lado, en cambio, es fácil encontrar prácticas que obedecen más a unos criterios pre-reforma (para definirlos de alguna manera) que a unos criterios renovados. Así, por ejemplo, la multiplicación innecesaria de lugares de reserva eucarística en casas religiosas y casas de ejercicios; reservas eucarísticas establecidas con el único fin de una «presencia cercana» del Señor. No hay que negar el fundamento de fe que esta piedad demuestra, pero sí que se puede invitar a una reflexión sobre la imagen que esto ofrece desde el punto de vista del culto eucarístico.

Aquí se incide directamente en el aspecto ecuménico. La reserva y adoración de las sagradas especies ha sido, y continúa siendo, uno de

los puntos en los cuales el diálogo ecuménico constata una dificultad. Hay una coincidencia en admitir la objetividad de la presencia; estamos lejos de las posturas radicales del *tantum in usu*, y sobre todo de hacer de la presencia real de Cristo una pura consecuencia de la fe de los presentes. Así, por ejemplo, en el diálogo católico-luterano: «Católicos y luteranos confesamos conjuntamente que la presencia eucarística del Señor está destinada a su recepción en la fe, pero que no por eso se limita al instante de la recepción; y, asimismo, que no depende tampoco de la fe del que comulga, aunque sea a éste a quien se destina». Pero persisten los problemas que podríamos llamar de imagen y de sensibilidad, bajo los cuales es difícil decidir si persisten también cuestiones más de fondo acerca de la duración y sentido de la presencia real de Cristo. De momento, hay recomendaciones mutuas: «Por parte de los católicos, convendría que, especialmente en la predicación y en la catequesis, se recordara que la intención primera de la reserva eucarística es la distribución a los enfermos y ausentes; por parte de los luteranos, convendría que se pusiera en práctica una mejor manera de demostrar el respeto debido a los elementos que han servido para la celebración eucarística, es decir, su consumición ulterior, sin excluir el uso para la comunión de los enfermos» (La Cena del Señor, n. 55).

3. Hay un tercer elemento de aproximación e iluminación de la adoración eucarística: es la perspectiva espiritual. ¿Quién puede negar la fuerza espiritual de la oración ante la reserva eucarística, y los frutos de vida cristiana que ha producido a través de la historia? También recientemente, y debido precisamente a la reforma litúrgica y a la situación que ha supuesto del culto eucarístico, se ha profundizado más en el sentido de esta adoración.

Por una parte, la oración ante la reserva eucarística queda claramente situada en el plano de la oración cristiana, y no en el plano de la dinámica sacramental propiamente dicha. La adoración eucarística no pertenece propiamente a la acción sacramental: el sacramento no está *destinado* a la adoración de la misma manera como está *destinado* a la comunión. Ahora bien: esto no significa que la adoración sea ajena al hecho sacramental; como dijo el Tridentino: «Nadie debe dudar que los cristianos tributan a este santísimo sacramento, al venerarlo, el culto de latría, que se debe al Dios verdadero, según la costumbre siempre aceptada en la Iglesia católica. Porque no debe dejar de ser adorado por el hecho de haber sido instituido por Cristo, el Señor, para ser comido». (Ritual, n. 3). Lo que queremos decir con esto lo ha expresado concisamente Juan Pablo II en una nota de su documento «Dominicae Coenae», del año 1980: «Es de señalar que el valor del culto y la

fuerza de santificación de estas formas de devoción a la Eucaristía (plegarias personales, exposiciones, bendiciones, procesiones...) no dependen de las formas mismas, sino, más bien, de las actitudes interiores» (Doc. cit., n. 3, nota 13). No entran, por tanto, en la dinámica de la eficacia sacramental sino en la de la devoción cristiana.

Por otra parte, y éste es uno de los magníficos acentos que Juan Pablo II ha puesto en el documento citado, la adoración eucarística no es un momento extracelebrativo, sino más bien una dimensión de cualquier acercamiento al misterio eucarístico como tal. En este sentido son significativas y profundas las siguientes afirmaciones: «Tal culto —el del misterio eucarístico— está dirigido a Dios Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo... Sin embargo, es su —el de Cristo— anonadamiento voluntario, agradable al Padre y glorificado con la resurrección, lo que, al ser celebrado sacramentalmente junto con la resurrección, nos lleva a la adoración del Redentor que se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz... Esta adoración nuestra contiene otra característica particular: está compenetrada con la grandeza de esa Muerte Humana, en la que el mundo, es decir, cada uno de nosotros, es amado hasta el fin. Tal culto, tributado así a la Trinidad... acompaña y se enraíza ante todo en la celebración de la liturgia eucarística. Pero debe asimismo llenar nuestros templos, incluso fuera del horario de las misas...» (cfr. *Dominicae coenae*, n. 3). La adoración eucarística queda así como la actitud que corresponde por parte de los ministros y de los fieles a todo acercamiento a la Eucaristía, partiendo —cosa importante— del momento y de la motivación sacramentales.

Un ejemplo particularmente expresivo e interesante del sentido de la adoración intracelebrativa es la liturgia eucarística oriental. ¿Quién negará que los orientales, aun no teniendo una práctica de adoración del santísimo sacramento en la reserva —como nosotros—, manifiestan en toda su liturgia eucarística un profundo espíritu de adoración? Desde luego, nadie que haya participado en una celebración... Pensemos solamente en la Gran Entrada, en el misterio de la puerta cerrada, en las invitaciones diaconales a los «santos»... Como en tantas otras cosas, la comparación en profundidad de las dos tradiciones hace aparecer su coincidencia básica.

También los obispos franceses, en su documento del año 1981, con motivo del Congreso eucarístico internacional, después de explicar el sentido de la adoración eucarística, terminan de esta manera: «Esta adoración se ha desarrollado a partir de la Edad Media, en Occidente, como acto independiente fuera de la misa. Sin embargo, está arraigada

en la celebración eucarística misma, como lo demuestran claramente los gestos de inclinación y genuflexión que allí se hacen. Toda la liturgia eucarística nos invita a la adoración de Cristo, que permanece entre nosotros mediante el sacramento de su presencia fiel y real.

Cuando tantos hombres buscan técnicas que les permitan alcanzar el Absoluto, se nos invita a nosotros a reconocer esta proximidad de Cristo que nos ofrece su presencia y solicita nuestra hospitalidad» (n. V).

Pienso que esta consideración sobre la adoración eucarística interior a la misma celebración merecería un análisis detallado. ¿No cabría buscar precisamente en una cierta «banalización» de la celebración la raíz de la pérdida del sentido de la adoración eucarística, también después de la celebración? La adoración eucarística ha nacido en la celebración, aunque se haya desarrollado fuera de ella. Si se pierde el sentido de adoración en el interior de la celebración, difícilmente se encontrará justificación para promoverla fuera de ella... Quizá esta consideración pueda ser interesante para revisar las celebraciones en las que los signos de referencia a una realidad trascendente casi se esfuman.

## **2.º parte. Reflexión teológica y espiritual sobre la adoración de la Eucaristía fuera de la misa**

En esta segunda parte vamos a utilizar un género literario distinto al de la primera. Querría aportar algo así como unos elementos de motivación y contenido teológico a estas ocasiones en las que un cristiano, entrando en una iglesia, se arrodilla durante unos minutos, unas horas, ante el santísimo sacramento... Pienso en estas personas, especialmente, que tienen como parte integrante de su compromiso comunitario religioso el pasar un rato prolongado, todos los días, ante la Eucaristía. Más de una vez alguna de estas personas, durante los últimos años, me ha interrogado sobre el sentido que esto pueda tener en el contexto de la renovación actual del sentido de la Eucaristía. Las reflexiones que siguen serían una sistematización de lo que considero debe ser la respuesta —o parte de la respuesta— en estos casos. Digo «parte» de la respuesta, porque la adoración eucarística no puede ser explicada simplemente desde fuera; es un hecho, una actitud vital, que da testimonio de una fe profundamente católica.

1. La primera palabra que organiza la reflexión sobre el sentido espiritual y teológico de la adoración eucarística fuera de la celebración (nótese bien: continuación, en definitiva, de la que se ha hecho durante la misma celebración) es la misma que define igualmente la



celebración: *memorial*. La reserva eucarística es el testimonio permanente de que se ha celebrado el memorial del Señor. El solemne rito de la reserva del santísimo sacramento, después de la misa «in coena Domini», es el gesto expresivo que todos los años hace la Iglesia para destacar esta gran realidad: acabamos de celebrar el memorial del Señor, y reservamos para el día siguiente una segunda participación en la misma celebración; esta permanencia urge la adoración. También el nuevo ritual de la dedicación de la iglesia ha dedicado un momento, después de la comunión, para destacar la «inauguración» del lugar de la reserva. Se trata de un rito totalmente nuevo, que manifiesta hasta qué punto la reforma litúrgica ha seguido con fidelidad el principio de la tradición y del progreso, señalado por la Constitución «Sacrosanctum Concilium» en el n.º 23.

Las orientaciones del Ritual para el culto eucarístico siguen exactamente la misma línea, tanto en sus principios doctrinales como en las rúbricas. Estas, por ejemplo, hacen notar la conveniencia de que la custodia y el copón sean colocados encima del altar, siempre que sea posible, de suerte que sea visible la relación entre la eucaristía que se adora y la celebración que se ha realizado; asimismo, por lo que se refiere al ornato y al número de velas, queda claro que no debe ser distinto, en principio, al que se utiliza para la celebración eucarística (principio importante desde el punto de vista de la catequesis ¿quién diría, muchas veces, que es más importante la celebración de la misa que la exposición del santísimo, al contemplar correlativamente el ornato del altar en ambas ocasiones...?).

La presencia sacramental y permanente del Señor en la reserva eucarística, objeto y motivación de la adoración, es la consecuencia del memorial, su fruto. «Los fieles, cuando veneran a Cristo presente en el sacramento, recuerden que esta presencia proviene del sacrificio y se ordena al mismo tiempo a la comunión sacramental y espiritual» (Ritual n. 80).

El pan eucarístico se nos presenta ante nosotros como el testimonio de este hecho realizado una vez por siempre por el Padre —«es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo» (Juan 6,32-33)— y, a la vez, del cumplimiento de la promesa del mismo Jesús: «El pan que yo voy a dar es mi carne por la vida del mundo» (Juan 6,51b).

Cuando el pan eucarístico está sobre el altar, expuesto a la adoración de los fieles, es testimonio de que, una vez más, la Iglesia reunida ha anunciado la muerte del Señor en la acción de gracias. En esta presencia sacramental permanente hay como un eco de la acción de la

Iglesia. La misma teología del signo eucarístico nos orienta hacia este punto: por una parte, sólo conocemos que «aquello» es realmente el Señor en la medida en que sabemos que ha habido una celebración; por otra, la duración de la presencia eucarística está directamente vinculada con la significación del «pan para comer», de suerte que ya no podemos hablar de presencia eucarística en el momento en que desaparece tal significación en las especies sacramentales.

Por esto, si la Eucaristía es el sacramento de la presencia de Cristo como don del Padre, y como don actual realizado por él mismo a la Iglesia; si la Eucaristía es, por todo esto, el memorial de la «eu-jaris» de Dios a los hombres, y por esto suscitador de la «eu-jaristia» de la Iglesia al Padre, por Jesucristo en el Espíritu, ¿no será este mismo espíritu de «eu-jaristia» el que, de entrada, motivará la adoración eucarística? Como dice el Ritual, siguiendo la Instrucción: «La piedad que impulsa a los fieles a adorar a la santa Eucaristía los lleva a participar más plenamente en el misterio pascual y a responder con agradecimiento al don de aquél que por medio de su humanidad infunde continuamente la vida en los miembros de su Cuerpo.» (Ritual n. 80).

Junto a esta reacción eu-carística, y vinculada también directamente con el mismo sentido de continuidad del memorial, está lo que podríamos llamar «reacciones antropológicas», en coherencia con las que habitualmente producen en nosotros los acontecimientos vividos con intensidad, y, más expresamente, los grandes encuentros familiares. ¿Quién no tiene una experiencia personal intensa, por ejemplo, de la sobremesa de la cena o de la comida de Navidad, o del recuerdo que, después de celebrarla, persevera en nosotros como fuente de felicidad y quizá de nostalgia, y —también— de la ilusión de preparación del nuevo encuentro? Pienso que la adoración eucarística tiene, espontáneamente, algo de todo esto. En aquellas referencias eucarísticas que encuadraban la oración de algunos santos —dar gracias de la Eucaristía recibida, prepararse para recibirla— hay una intuición profunda de lo que es la oración cristiana, que encuentra precisamente en la intercesión de Cristo ante el Padre, sacramentalizada en la Eucaristía, su punto de partida y el fundamento de su existencia.

2. La segunda palabra-eje de la adoración eucarística nos la ofrece el Ritual ya citado: «Cristo, el Señor... mientras la Eucaristía se conserva en las iglesias y oratorios es verdaderamente el *Emmanuel*, es decir, *Dios-con-nosotros*. Pues día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros lleno de gracia y de verdad» (Ritual, n.º 2).

La teología actual y el diálogo ecuménico, con el fin de resaltar que la presencia de Cristo se orienta ante todo a la comunión personal,

hablan de esta presencia de Cristo «extra usum» como una «presencia ofrecida». Quizá la mejor formulación nos la dé el documento anglicano-católico: «El cuerpo y la sangre sacramental del Señor están presentes como una *oferta* al creyente esperando su acogida. Cuando esta ofrenda es acogida con fe, tiene lugar un encuentro vivificante. Por la fe, la presencia de Cristo —que no depende de la fe del individuo para que sea la real autooblación del Señor a su Iglesia— ya no es sólo una presencia *para* el creyente, sino también una presencia *con* él» (Documento n. 8).

Adorar esta presencia ofrecida tiene que suscitar necesariamente una multitud de reacciones espirituales, específicamente propias. No es lo mismo, para el hombre, pensar en una persona por simple ejercicio mental, o hacerlo ante un recuerdo personal suyo. Nótese bien que estamos ante un ejemplo a mucha distancia del hecho eucarístico, pero quizá analógicamente válido. La originalidad de la oración ante la Eucaristía es precisamente este punto de referencia de la presencia sacramental que, por decirlo de alguna manera «focaliza» y «motiva» nuestra oración.

Desde esta perspectiva, la adoración eucarística se convierte en oración de intensa relación personal con el Señor, de acogida de su acción transformante por el Espíritu, de aprendizaje —podríamos decir— de «vivir en El», de intimidad, incluso, en el sentido más estricto de la palabra.

Quizás estas dimensiones de la adoración eucarística encuentren en nosotros una cierta prevención a causa de una imagen subjetiva de las prácticas tradicionales. Creo que hay que superar decididamente este prejuicio, aun admitiendo que puede haber este peligro, dado que el peligro no está tanto en estas dimensiones de la adoración cuanto en lo que entendamos por diálogo espiritual con Cristo.

El Ritual indica muy pedagógicamente cómo debe alimentarse la oración de los fieles ante el santísimo sacramento: «Durante la exposición, las paces, los cantos y lecturas, deben organizarse de manera que los fieles atentos a la oración se dediquen a Cristo, el Señor. Para alimentar la oración íntima, háganse lecturas de la sagrada escritura con homilía o breves exhortaciones, que lleven a una mayor estima del misterio eucarístico. Conviene también que los fieles respondan con cantos a la Palabra de Dios. En momentos oportunos debe guardarse un silencio sagrado» (Ritual, n.º 95).

Con estas indicaciones, quedamos lejos de una oración meramente subjetiva. El Señor a quien adoramos es el que nos habla en su Palabra, el que nos alimenta con su Cuerpo, el que nos conduce por su Espí-

ritu. «Permaneciendo ante Cristo, el Señor, los fieles disfrutan de su trato íntimo, le abren su corazón por sí mismos y por todos los suyos y ruegan por la paz y la salvación del mundo. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo sacan de este trato admirable un aumento de su fe, su esperanza y su caridad. Así fomentan las disposiciones debidas que les permiten celebrar con la devoción conveniente el memorial del Señor y recibir frecuentemente el pan que nos ha dado el Padre». Y, como para destacar todavía más que la inteligencia de este «trato íntimo» debe quedar absolutamente alejada de cualquier interpretación alienante, el Ritual insiste sobre los frutos de vida cristiana que hay que esperar de la adoración eucarística: «Acuérdense, finalmente, de...renovar la alianza que les impulsa a mantener en sus costumbres y en su vida lo que han recibido en la celebración eucarística por la fe y el sacramento... Así, cada uno procure hacer buenas obras, agradar a Dios, trabajando por impregnar al mundo del espíritu cristiano y también proponiéndose llegar a ser testigo de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana» (Ritual, nn. 80.81).

La experiencia de la oración ante el santísimo sacramento ha sido, y es todavía, indudablemente, para muchos cristianos, una experiencia privilegiada de la comunión profunda con el espíritu de Cristo. No es de extrañar que en documentos de tono espiritual se recomiende esta práctica. Así por ejemplo, en la Instrucción sobre la vida espiritual en los seminarios, publicada por la Sagrada Congregación para la Educación Católica en 1980. De una forma sugestiva se motiva también, en esta línea, la adoración eucarística en comunidad o en su representación, en las comunidades dedicadas a ello: «De esta manera —con la adoración en común, alimentada por la palabra de Dios—, se promueve entre los miembros de la casa religiosa el espíritu de unidad y fraternidad de que es signo y realización la Eucaristía y se practica el culto debido al sacramento de forma más noble. También se ha de conservar aquella forma de adoración, muy digna de alabanza, en que los miembros de la comunidad se van turnando de uno en uno, o de dos en dos. Porque también de esta forma, según las normas del Instituto aprobado por la Iglesia, ellos adoran y ruegan a Cristo, el Señor, en el sacramento, en nombre de toda la comunidad y de la Iglesia». (Ritual n. 90).

3. Hay todavía una tercera palabra definitoria del sentido de la adoración eucarística: es la antigua aclamación *Maranatha!* El Señor está ahí, el Señor viene, ven Señor!... La presencia sacramental de Cris-

to, ofrecida sobre el altar, es una presencia que viene del futuro de Dios. Bajo las apariencias del pan y del cáliz está aquél mismo que está sentado a la mesa trinitaria, a la diestra del Padre. Más aún: este pan y este cáliz están ahí como testimonios del cielo nuevo y de la tierra nueva, ya que lo que ha sucedido en ellos es precisamente fruto de esta fuerza escatológica del Señor que «puede someter a sí todas las cosas» (Fil 3,21). La expresión es del P. Durrwell, y particularmente feliz: «La Eucaristía es la vitrina de la escatología».

Esta afirmación fundamental induce una serie de elementos de contemplación ante la Eucaristía.

Una de ellas, es la resonancia de la invitación escatológica: «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo» (Apoc 3, 20). La presencia del Señor entre nosotros no puede ser más que en la perspectiva del «*future gloriae pignus*», ya que El mismo es precisamente esto para toda la humanidad. Los Padres de la Iglesia primitiva —Ireneo de Lión, por ejemplo— insistían mucho más de lo que hacemos nosotros en esta relación entre la Eucaristía y la resurrección de los muertos. Quizá su visión de la fe cristiana acentuaba más decididamente el carácter de «novedad» del cristianismo. La evolución posterior, cultural y espiritual, ha destacado con más entusiasmo el carácter de Emmanuel. La presencia de Jesucristo en la Eucaristía ha sido considerada como algo «normal»: El está entre nosotros, le adoramos, le paseamos incluso por las calles y las plazas de nuestras ciudades, para que todo el mundo experimente de algún modo su presencia... Jesucristo parece casi como un ciudadano ilustre. Y no dejaban de tener razón los que eso hacían. También nosotros podemos hacerlo legítimamente. Pero sin olvidar que se trata del Señor de la gloria, y que sólo en el encuentro definitivo de la muerte quedará desvelado este misterio de comunión que se realiza desde ahora.

He aquí como, a través de esta dimensión escatológica de la adoración eucarística, reencontramos la motivación fundamental de la misma reserva: para el Viático, para que los enfermos puedan comulgar... Este pan de vida que está encima del altar, así como procede del banquete que ha reunido a los fieles en la pregustación del banquete celestial, continúa ofrecido como alimento del tránsito: es un viático, sobre todo. Cada uno de los adoradores puede pensar, en el instante de adoración silenciosa, en este momento en que recibirá por última vez la Eucaristía: «¡Quién come de este pan vivirá para siempre!» (Juan 6, 58). La prenda del futuro absoluto está ahí: es la presencia del Señor de la gloria que «aparece» en la Eucaristía.

Por esto también la adoración eucarística, en continuidad con la

celebración, se hace con aire de victoria y de fiesta: es el Señor que ha roto la barrera de la muerte y de la tristeza, es el que justifica definitivamente la «alegría» escatológica que sentían ya las primeras comunidades (cfr. Hechos 2, 46). ¿Quién no ha experimentado el profundo consuelo y serenidad de espíritu que infunde el acto de fe en la presencia de Cristo, ante las dificultades, las contradicciones, las tristezas, el abatimiento...?

## Conclusión

La Eucaristía no debe ser tratada como un programa político. Es decir: no podemos plantear la relación de la Iglesia con la Eucaristía bajo prismas de «oportunidad». Decir que «ahora» conviene acentuar tal aspecto, porque «antes» se acentuó este otro, etc., es entrar en una esfera donde parece que el equilibrio de fuerzas tenga que ser la norma. La Iglesia, conducida por el Espíritu, ha ido entrando cada vez más en el conocimiento de este Don inefable que el Señor le ha hecho: el memorial de su pasión. Cada progreso auténtico debe permanecer en la vida cristiana precisamente en cuanto es progreso, y no hay que limitarlo «políticamente» para dejar aparecer otro aspecto que pudiera haber quedado «políticamente» a segundo término durante un tiempo.

La adoración eucarística no tiene por qué ser limitada a causa de la participación; la misma participación debe incluir la adoración, así como la adoración dará profundidad espiritual a la participación. El hecho de que los fieles se reúnan numerosos y activos en torno a la mesa del Señor para acoger su presencia, escuchar su Palabra y responder a ella, unirse gozosos en la acción de gracias, ofrecer el sacrificio vivo y santo y comulgar en la mesa eclesial, no tiene por qué impedir que estos mismos fieles se acerquen en silencio o en plegaria común a esta misma mesa para continuar, en la contemplación y la acción de gracias, aquel gesto de adoración que han iniciado durante la celebración realizada, ante el sacramentum permanens de la presencia ofrecida del Emmanuel y Señor de la gloria.

PERE TENA  
*Facultad de Teología*  
*(Barcelona)*